

VI

LOS VIAJES DE ARAQUISTAIN A AMÉRICA. APUNTES PARA UN ESTUDIO PRELIMINAR

LOS VIAJES DE ARAQUISTAIN A AMÉRICA. APUNTES PARA UN ESTUDIO PRELIMINAR

Blanca Mar León Rosabal

EL COLEGIO DE MÉXICO

A España no puede serle indiferente el futuro de la América de su lengua. Extinguido felizmente el imperio de la materia, queda un imperio ideal, de tipo hispánico y fines culturales entre Europa y América. Este imperio del espíritu es el que nos duele ver amenazado por el peligro yanqui. No nos dolió la pérdida de las Antillas; antes bien nos pareció una ley del tiempo y una sanción histórica a nuestros desaciertos. Pero nos aflige que un portorriqueño, por ejemplo, hable el español como un norteamericano. Contra ese peligro específico hemos de estar prevenidos españoles e hispanoamericanos...

LUIS ARAQUISTAIN. *EL PELIGRO YANQUI*,
1924, p. XII

INTRODUCCIÓN

Luis Araquistain y Quevedo viajó a América por lo menos dos veces, entre 1919 y 1927. De su primer viaje, entre octubre y diciembre de 1919, como delegado de la Unión General de Trabajadores de España a la Conferencia del Trabajo de Washington, conoció la república norteamericana y formuló en un libro la idea de un “peligro yanqui”. En su segundo viaje, desarrollado entre 1926 y 1927, conoció el Caribe antillano; fruto de ello es otro libro donde Araquistain recreó la idea de una “agonía antillana”. Resultado del viaje a Estados Unidos, la primera

edición de su obra, *El peligro yanqui*, se agotó y el autor se vio obligado a realizar una segunda, cinco años después, si bien reconoce, con muy pequeñas modificaciones. A raíz de su segundo viaje, Araquistain fue declarado indeseable por el gobierno de la mayor de las Antillas y *La agonía antillana: el imperialismo yanqui en el mar Caribe*, su siguiente obra, fue prohibida y sacada de circulación¹.

¿Cómo explicar la reacción oficial cubana ante la obra de Luis Araquistain, consagrada en buena parte a la mayor de las Antillas, pero generalizable en el criterio de su autor a toda Latinoamérica? Una parte sustantiva de la respuesta a la pregunta anterior obliga a glosar el texto para, a través de los cambios interpretativos y temáticos que se producen en la totalidad de sus páginas, historizar su sentido y entender las reacciones suscitadas por el libro. Resulta imprescindible conocer cuál es el eje que lo estructura en su totalidad, para mensurar en su justa medida las reacciones a su publicación.

Otra parte de la respuesta se encontrará en las relaciones intelectuales que el periodista español entabló y cultivó, así como las actividades y lecturas que éste desarrolló en y sobre Cuba. Estos tres elementos, relaciones, actividades y lecturas, forman parte de un contexto de enunciación, que remite ineludiblemente a la generación del 23 y al ambiente intelectual y cultural cubano de los años veinte. Esta generación debió jugar un papel decisivo en la conformación de una imagen de la isla, a la que el escritor español dedicó más de un tercio de las páginas de su obra. Por lo tanto, la pregunta original sobre el porqué de la reacción oficial cubana ante *La agonía antillana* se complementa con esta otra, a saber, qué tipo de ambiente intelectual hizo posible una representación de Cuba como la que sugiere Araquistain en las páginas dedicadas a la isla².

¹ Utilizo la segunda edición de *El peligro yanqui*, y la primera de *La agonía antillana*.

² Respecto del concepto *generación* siempre he albergado mis dudas. El hecho de que una docena de personas terminen escribiendo cosas bastante parecidas, reuniéndose en los mismos bares y hablando mal de los mismos gobiernos, tiene poco significado fuera de lo anecdótico. En este sentido, la reducción que se hace a un grupo humano, limitándolo a través del concepto de generación no crea ni resuelve ningún problema metodológico. A menos que se consideren seriamente las posibilidades que la idea de *vigencia*, entendida como posibilidad de trascender y perdurar en el tiempo, le aporta a la discusión del concepto. Trascender, se entiende, a través de la impronta de una obra o proyecto intelectual en común, por ejemplo, la publicación sistemática de una revista o un periódico. Sobre el concepto de generación he revisado los estudios de Marías, *Literatura y generaciones*, pp. 100-110 y del mismo autor, *El método histórico*, pp. 109-149.

Finalmente, los elementos anteriores no bastarían por sí solos para reconstruir el impacto final que generó *La agonía*. Es necesario aludir a la trayectoria intelectual del propio Luis Araquistain, entendiendo por ésta no la serie sucesiva de eventos personales aislados en la vida del autor, más cercanos a una biografía individual, la cual resulta, en ocasiones, imposible de reconstruir exhaustivamente; sino, el conjunto de situaciones relevantes que ocupa el autor en un contexto histórico político cambiante y que condiciona el desarrollo de las etapas posteriores de su propia trayectoria. En este sentido, habrá que hacer referencia al contexto europeo y tener en cuenta, más especialmente, las influencias regeneracionistas que formaron parte del espíritu de la época al cual quedó afiliado intelectualmente Araquistain. Es necesario tener en cuenta lo anterior para comprender, además, su resuelta defensa del legado español en América y el reconocimiento implícito de la responsabilidad de España para con su antiguo imperio material, devenido “imperio espiritual” después de 1898. Sin la reconstrucción de este espíritu y su impronta en la trayectoria intelectual del autor, no sería posible entender tanto empeño y dedicación en conectar, por ejemplo, los peligros que suponía la amenazante presencia de Estados Unidos en la realidad latinoamericana³.

El estudio preliminar que se presenta a continuación supone entonces tres niveles, cuyo orden irá exactamente en el sentido inverso al expuesto hasta aquí. El primer nivel dará cuenta de la trayectoria intelectual del autor, tratando de proponer una relación más compleja de lo que puede resultar de las meras inferencias biográficas. El segundo nivel discutirá y glosará *La agonía antillana*. Y, finalmente, el nivel tercero tratará de profundizar especialmente en el caso cubano, reconstruyendo y explicando hasta donde sea posible, las relaciones intelectuales entre Araquistain y el ambiente intelectual de los años veinte, para dar cuenta de las influencias que éste pudo ejercer sobre el periodista español en la construcción de una imagen de la isla.

³ Utilizo el concepto de trayectoria intelectual que discute Bourdieu, “The Biographical Illusion”, pp. 297-303.

EL AUTOR Y SU CONTEXTO

Su nombre completo era Daniel Lamberto Luis Araquistain Quevedo. Había nacido el 18 de junio de 1886 en Santander. Por sus orígenes familiares era vasco, aunque su cabeza, decía él con orgullo, “era española”. Como intelectual perteneció a la generación inmediata posterior a la del 98. Su gran pasión fue el periodismo y viajar por el mundo. A diferencia de algunos coetáneos, fue autodidacta. Probó, sin mucho éxito, a escribir obras de teatro y algunas novelas. Tradujo al español comedias célebres de dramaturgos ingleses. Fue editor y director de revistas intelectuales. Políticamente hablando, se consideraba un hombre moderado de izquierda, reconocido por su toma de partido a favor del socialismo europeo de la época, sin llegar a compartir el marxismo, ni como praxis política ni como ideología (por lo menos no hasta los años treinta). Consciente de los peligros que suponían las soluciones extremistas en un convulso contexto internacional, promovido por la gran guerra, el ascenso del obrerismo y el auge de los nacionalismos intrapeninsulares, Araquistain resultó en consecuencia un denodado pacifista y un reformista en política. Las revoluciones que había conocido y sobre las que había escrito para la prensa, le causaban desconcierto y pavor. Como modelo, la sociedad europea que más admiraba era la inglesa, de la que elogió en más de una ocasión su sistema parlamentario. La que más temía, por su fuerte propensión al militarismo, era la alemana. Fuera de Europa tenía sentimientos encontrados respecto de la sociedad norteamericana, a la que admiraba sobre todo por su dinamismo económico. México se le antojaba el mayor bastión latinoamericano de la herencia lingüística hispánica. Cuba, en cambio, le dolía por su falta de rumbo. Durante la década de los años veinte, aún le desconcertaba la pasividad de España frente a la urgente transformación de su proyecto de nación. En la década de los años treinta formó parte del gobierno de Largo Caballero, hasta que la Guerra Civil, primero, y luego la dictadura franquista, lo obligó a exiliarse por casi veinte años. Durante este exilio, sus posiciones políticas giraron bruscamente hacia el anticomunismo. Murió en Ginebra, en 1959.

El mayor activismo intelectual y político de Luis Araquistain tuvo lugar entre la segunda y tercera décadas del siglo xx. Éste fue un contexto histórico en el que el mundo europeo se abrió a la época contemporánea, tras

la gran conmoción que significó la primera Guerra Mundial y el triunfo de la revolución bolchevique. La conciencia de la grandeza europea quedó en tela de juicio a raíz de la guerra del 14, por las consecuencias imprevisibles y destructoras que el progreso y la civilización, la racionalidad y la modernidad podían —y de hecho lo hicieron—, acarrear. Frente a este dilema, tuvieron lugar dos reacciones básicas en la década que sobrevino a estos dos acontecimientos: primero, buscando restablecer y restaurar la civilización y el orden que la guerra arrasó; segundo, buscando cambiarlo todo, mediante la revolución y el comunismo. Tal era la urgencia europea por encontrar un nuevo sentido a su proyecto civilizatorio. Por ello, no es de extrañar el extraordinario florecimiento intelectual de las ciencias sociales, la literatura y el arte en Europa, entre 1918 y 1938, cuyos resultados fueron abrumadoramente incomparables con los de cualquier otra época posterior, aunque estuvieran cargados de enorme pesimismo. El periodo se distinguió por la publicación de buena parte de la obra de Freud, Wittgenstein, Heidegger, Schmitt y algunas póstumas de Weber y Durkheim. En literatura sobresalieron Kafka, Čapek, Musil, Proust, Joyce, Benjamin. Frente a la urgencia por restablecer el orden y la civilización perdidos, se observan prometedores fenómenos políticos y culturales que van desde la crítica sistemática del imperialismo hasta el surgimiento en el arte del surrealismo, último gran movimiento estético del siglo; el desarrollo del cine mudo, los primeros noticieros, las primeras obras de los grandes cineastas rusos. En lo social tuvieron lugar amplios movimientos insurreccionales, grandes rebeldías obreras: los espartaquistas alemanes y Rosa Luxemburgo, en enero de 1919; Hungría y la república de los consejos, con el judío Bela Kun a la cabeza; la toma de las fábricas y los consejos obreros en Turín y Milán, antesala de lo que sería Mussolini en el 1923.

En España, mientras tanto, la alternancia en el poder de liberales y conservadores había sido el signo político distintivo durante el periodo de la Restauración. Las divergencias entre unos y otros eran tan agresivas que el liberalismo español no lograría cristalizar, como tampoco cristalizaría el movimiento obrero español, minado por una tendencia extendida al anarquismo y la violencia política que le resultaba característica. El krausismo, consagrado a la esfera de la enseñanza, con ímpetu innovador en materia de investigación y pedagogía, no logra generalizarse, pues más de la mitad de los españoles no sabían leer. En esta circunstancia, dos desgracias se habían sumado progresivamente al panorama en la Península: el desastre del 98, de graves consecuencias para Espa-

ña al perder sus mercados exteriores, pero, sobre todo, por su impacto en la legitimidad política sobre la que se había construido la grandeza histórica española; y, la guerra en Marruecos, que constituyó un desprestigio enorme por los grandes sacrificios humanos que supuso. En este ambiente de potentes fuerzas centrífugas y de gran confusión social, los movimientos sindicales cobraron auge y el terrorismo se apoderó de Cataluña, Zaragoza, Bilbao y Barcelona. La conflictividad obrera se hacía cada vez más peligrosa, como consecuencia de la amenaza revolucionaria, destapada a raíz de la revolución bolchevique⁴.

Araquistain escribirá y polemizará mucho en los periódicos españoles de la época sobre los sucesos de aquellos años⁵. En sus escritos resultaron constantes algunas ideas e intereses que lo acompañarán a lo largo de esta etapa de su vida y que delatan la influencia innegable del regeneracionista Joaquín Costa, pero también de Ramiro de Maeztu y de José Ortega y Gasset, aunque la ascendencia de cada una de estas figuras en su formación y desempeño como periodista y político sea claramente distinguible entre sí⁶. Preocupado por el devenir de España, Costa defendió la necesidad de un partido nacional, al margen de los partidos políticos, para darle sentido a un proyecto de renovación más que de lucha de clases y cuya principal fuente de inspiración era el modelo inglés. En este proyecto, el intelectual era visto como el núcleo o motor de una enérgica minoría regeneradora, cuya influencia debía ser ejercida a partir, sobre todo, de la escuela y la prensa; el sujeto de la europeización de España, la burguesía y el objeto de la revolución política, el derrocamiento de la monarquía. Con estas premisas intelectuales, Araquistain vivió experiencias políticas que marcaron su trayectoria intelectual, tales como el laborismo inglés, el militarismo alemán, y la creciente proyección norteamericana

⁴ Vilar, *Historia de España*.

⁵ “Su faceta como periodista se desarrolló en los principales periódicos y revistas españolas e hispanoamericanas, entre 1910 y 1959: *El Liberal*, *El Sol*, *España*, *Leviatán* y *Claridad*, en Madrid; *La Nación*, de Buenos Aires; *Bohemia*, de La Habana; *El Mercurio*, de Santiago de Chile; *El Mundo*, de San Juan de Puerto Rico; *Excelsior* de México... La lista sería interminable...”. Tomado de “La Agonía Antillana,” en Alemany, 1997, p. 255.

⁶ Sobre los puntos de contacto y divergencias entre Maeztu y Araquistain, puede verse Santervás, “Maeztu y Araquistain: dos periodistas” pp. 133-154. Para un tratamiento similar, respecto de la figura de Ortega y Gasset, puede verse Márquez Padorno y Fuentes, “Cartas inéditas de Araquistain...” pp. 155-180. Disponible en: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/0214400x/articulos/CHCO9090110133A.PDF>

en el nuevo continente, asuntos todos que reportó como corresponsal desde Londres, Berlín, Marburg o Zurich y que, en su momento, provocaron más de una polémica⁷.

Como en otros tantos contextos intelectuales, la comprensión de la realidad política en España no estuvo exenta de lastres y dilemas. Uno de los principales lastres en la racionalización de la realidad política de su tiempo lo constituyó la debilidad teórica del socialismo español de la época y su marcado carácter obrerista. Araquistain perteneció a esta corriente política desde 1911, como militante del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y, por tanto, compartió también esta debilidad conceptual que, para algunos estudiosos de su figura, se antoja “inseguridad conceptual”. Dentro de la tendencia socialista española fueron notorias, por ejemplo, las divergencias respecto de la toma de partido a favor de las alianzas enfrentadas en la primera Guerra Mundial, en donde Araquistain asumió con denuedo la defensa de los ejércitos aliados, por oposición a los que propugnaban el neutralismo frente al conflicto. Otro dilema importante lo constituyó la elección del camino a seguir frente a la formación de la III Internacional y la aceptación de sus veintiún puntos, fórmula sugerida por el régimen soviético mediante la cual esperaba resolverse la disputa por el liderazgo del movimiento comunista internacional, con la socialdemocracia alemana. Araquistain, que había sido un destacado defensor de la Revolución rusa y entusiasta divulgador de la obra de Lenin desde la publicación que dirigía en aquellos años, se debatía, como tantos otros, entre si dejar aislada a la Revolución rusa —“para que la venzan o se pudra”—, o su defensa a ultranza por todos los medios a su alcance. La decisión final, su apoyo a la posición tercerista (la de Moscú) —aún en contra de la aceptación incondicional de los famosos veintiún puntos—, provocaron su salida como militante del PSOE, en 1921, con lo cual quedó marginado no sólo del Partido Socialista, sino también del movimiento obrero español, hasta los tiempos de la Segunda República⁸.

⁷ Bizcarrondo, *Leviatán y el socialismo*, pp.12-58.

⁸ Su salida temporal del Partido Socialista no significó, en lo absoluto, la adhesión de Araquistain al Partido Comunista Español. Este último, fundado en 1920 a raíz de las diferencias que supuso tomar partido en favor de una nueva Internacional, terminó debilitando enormemente la membresía del PSOE, al salirse de sus filas militantes de la talla de Julián Besteiro, Largo Caballero, Indalecio Prieto y hasta el propio Pablo Iglesias. Fuentes, *Luis Araquistain*, pp. 17-23.

Así dio comienzo una década que para España sería triplemente crítica por la inestabilidad del régimen político, su enorme conflictividad social y la desastrosa política militar en Marruecos. Puesta en entredicho la monarquía, por el golpe de estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923, Araquistain, aún al margen del Partido Socialista, se dedicará a continuar viajando por algunos años, como ya lo había hecho a fines de 1919. En su obra operará un desplazamiento en donde cobrará mayor peso lo literario y teatral frente a lo político, por lo menos hasta 1930. Justo en este periodo, entre 1926 y 1927, tuvo lugar su estancia en las Antillas. Una experiencia sin duda distinta de la que había tenido en 1906, cuando viajó a la Argentina y trabajó como migrante para sobrevivir, lo que debió suponer una marca indeleble en su trayectoria⁹.

LA OBRA

La agonía antillana nos cuenta un viaje al Caribe antillano en tres escalas. La extensión de cada parte del libro coincide con la duración temporal de cada escala. Cuba ocupa casi la mitad del libro, respecto de los otros tres países que conforman la narración: Puerto Rico, Santo Domingo y Haití. Pensar entonces la estructura interna del libro no requiere demasiado esfuerzo: la narración es casi óptica y avanza en el mismo sentido que la expedición del viajero, excepto por las escasas páginas en las que transcribe literalmente fragmentos íntegros de los pocos y buenos libros de historia que ha leído —todos sobre Cuba— y que le permiten fundamentar sus puntos de vista. En este sentido, el texto guarda más semejanza con el trabajo de campo de un antropólogo que con el oficio del historiador, pues la obra carece, en sentido general, de profundidad histórica, sin que por ello deje de tener sus breves pretensiones. Por momentos, el viajero se desdobra en historiador, salpicando el texto de fechas y de nombres propios, citando a pie de página la fuente histórica consultada; a ratos recurre a su vocación principal, entrevista presidentes políticos, visita intelectuales.

⁹ Cargado de poemas y “peregrino que marcha a la Meca de un ideal”, Araquistain se va a finales de 1905 o principios de 1906 a la Argentina. Al igual que Maeztu en Cuba, desempeña todo tipo de trabajos para sobrevivir. Entre ellos el de redactor de *El Despertar Hispano* de Buenos Aires, desde donde escribe al “admirado maestro” Miguel de Unamuno, “demandando un poco de hospitalidad intelectual”. Santervás, “Maeztu y Araquistain,” p. 136.

En las últimas líneas del prólogo a su libro, Luis Araquistain definió el término *agonía* como “una forma postrera de la lucha por la vida”, en la que se debatían internamente las Antillas y Centroamérica, frente a una enorme tragedia que compartían entre sí, “su posición geográfica entre Estados Unidos y el canal de Panamá”. En las páginas previas a la discusión de los países que conformaron el texto, se observa una permanente oscilación en la figura del autor que se antoja a veces escéptico, por la gravedad de las observaciones derivadas de su viaje por la región, a veces esperanzado en la futura salvación del área, mediante su apelación al recurso de la solidaridad: “ésta es la enseñanza histórica que debe aprender Hispanoamérica. El día que se solidarice, aunque sólo sea moralmente, la respetará el coloso del Norte [...]. Entonces la agonía de hoy será victoria segura”¹⁰.

Como contribución personal a esta deseable salvación, Araquistain confiaba en la posibilidad de fundar un nuevo “hispanoamericanismo liberal”, cuya capacidad crítica residiera en la ponderación y el discernimiento inteligente entre lo peor de las nacionalidades hispanoamericanas, de lo que de verdaderamente valioso hubiera en ellas. Al fin y al cabo, “cada país americano es una continuación del nuestro. América continúa siendo parte del imperio ‘espiritual’ de España”, creía don Luis. En este sentido, su libro aspiraba a ser, “aunque duela a los ciegos, o a los que se vendan los ojos, o a los que desearían que los demás los tuviesen vendados, o que por lo menos fingieran tenerlos, un aviso leal, un revulsivo y un tónico”¹¹.

En esta última alusión, el autor advertía explícitamente que su testimonio podía resultar, para aquellos que se sintiesen aludidos por su libro, enojoso e inaceptable. De hecho, para cuando Araquistain escribía estas líneas, el embajador cubano en Madrid, Mario García Kohly, había dejado constancia de su disgusto por un artículo previo que el cronista español había publicado un año antes, en el periódico *El Sol*, titulado “La africanización de Cuba”. En dicho texto, se adelantaban algunas de las ideas desarrolladas en extenso en *La agonía antillana*, “...sobre la expulsión pacífica —en virtud de una ley económica de que se habla en este libro— de los braceros españoles por los negros de Jamaica y Haití...”¹².

¹⁰ Santervás, “Maeztu y Araquistain,” pp. 13-16.

¹¹ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 17.

¹² Aunque no he podido rastrear exhaustivamente el incidente con el embajador

Sobre este punto en particular, intervino Emilio Roig de Leuchsenring, notable historiador habanero, quien terció entre el embajador cubano y el periodista español, desmontando las razones de una supuesta ofensa o malentendido. Roig explicó cómo el sentido del término “africanización”, utilizado por Araquistain, coincidía con el adjudicado por algunos estudiosos cubanos, interesados por las cuestiones étnicas y raciales en Cuba: “...en el sentido de la inmigración indeseable, no por africana, sino por lo menos civilizada, más débil y más fácilmente explotable por el capitalismo extranjero, más ‘esclavizable’ por éste...”¹³.

El tema de las razas y la incontrolada inmigración negra que tanto parece preocupar a Araquistain en el caso cubano, comparte con el resto de las Antillas otros rasgos de interés, en especial una inclinación excesiva hacia la superstición y la religiosidad. En algunos casos, como el de Puerto Rico, el tema de la religiosidad hace referencia a un fuerte catolicismo, el cual deviene el principal bastión de hispanidad de esta isla contra la norteamericanización de la cultura de este pueblo y sus púlpitos, “las tribunas más tenaces y valerosas de la independencia”. Sobre el equilibrio entre las razas en la población portorriqueña, Araquistain se da por satisfecho, momentáneamente, ya que “disminuye la población negra por el cruce de razas, y aumenta la blanca; todavía no se reemplazan con negros de otras Antillas los blancos que emigran a los Estados Unidos, porque se trata de un exceso de población más que de una competencia

cubano en España, la representación de Araquistain, al referirse a la partida de los migrantes españoles de Cuba trazuma dolor. Él, que ha vivido en carne propia los esfuerzos del migrante por sobrevivir en un país extraño, durante su experiencia en Argentina en 1906, no debió haber olvidado la escena. De ser cierta la anécdota, no me extrañaría la reacción del diplomático cubano: “Estos últimos tiempos, sin embargo, ha sufrido rudo revés esa concepción, modernizada, de una América fabulosa y ubérrima, donde se entendía que el pobre europeo, si no tocaba siempre las cimas de Creso, tampoco descendía nunca a los abismos del paria. La amarga rectificación la hace Cuba, encarnada en esos cargamentos humanos que los buques de regreso arrojan sobre los puertos españoles y que la beneficencia pública y privada recoge solicita para evitar que miles de hombres repatriados de caridad, se mueran de extenuación en el punto de desembarque. Un día vi el hecho con mis propios ojos, en el consulado español de La Habana, donde me sorprendió el triste espectáculo de una apretada muchedumbre de obreros mal vestidos y de faces famélicas, que solicitaban el retorno a España. Las torvas miradas y las palabras de lamentación o vituperio pintaban con elocuencia sus cuitas”. Araquistain, *La agonía antillana*, p. 10.

¹³ Roig de Leuchsenring, “¿Se está Cuba africanizando?”, pp. 18 y 27. Citado en Naranjo Orovio, “Creando imágenes”, pp. 511-540. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/600/60053209.pdf>

de brazos”¹⁴. En el caso de Santo Domingo, el periodista español constató un territorio escasamente poblado, en comparación con el de Puerto Rico. En cambio, Haití, un país de negros, se vuelve escenario ideal para dar rienda suelta a todos los prejuicios contra la raza: los negros, por su origen africano, eran físicamente fuertes, pero moralmente despreciables —vagos, borrachos, lujuriosos, corruptos y ladrones—; para el ejercicio de un racismo de riposta contra el dominicano blanco y el mulato; y creer que, en pleno arrebatado supersticioso, en medio de *calindas* y *el voodoo*, eran capaces de llegar a los sacrificios humanos y la antropofagia. Los pocos blancos eran norteamericanos y en menor medida, europeos (alemanes, italianos y españoles)¹⁵.

Ciertamente, la cuestión étnico-racial aludida reaparecerá con diversos matices en el libro de Araquistain. Pero resulta secundaria frente a un tema mucho más importante que el autor ejemplifica en su prólogo, desde “la Cuba explotada por los trust yanquis y aherrrojada por la Enmienda Platt”. La idea del *peligro yanqui* y su avasalladora presencia en Latinoamérica está en el corazón mismo del libro y aparece repetidamente en *La agonía*. La historia del primer cuarto de siglo latinoamericano así lo sugiere; las observaciones sobre los países visitados por Araquistain, también. En 1902, Estados Unidos habían impuesto a la mayor de las Antillas la Enmienda Platt, e intervenido en el país en 1906, 1912 y 1917. Habían ocuparon sucesivamente Haití (1915) y Santo Domingo (1916-1924) y en Puerto Rico quedaron establecidos desde 1898, primero como gobierno militar sancionado por la Ley Foraker (1900) y luego, como gobierno civil, por la Ley Jones (1917)¹⁶. El problema de la soberanía es el tema central del libro.

Estas formas de dominación mediante la intervención militar directa encuentran su complemento en eficaces y sutiles estrategias, frente a las cuales el periodista español echa en falta una actitud más efectiva de parte de España, por ejemplo, en materia de comunicaciones. El hispanoamericanismo por el que Araquistain clama supone también un esfuerzo por promover y acrecentar el conjunto de relaciones materiales y comerciales españolas con América. “Las grandes unidades raciales y culturales serán utópicas sin eficaces arterias de comunicación”¹⁷.

¹⁴ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 69-70.

¹⁵ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 130.

¹⁶ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 130.

¹⁷ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 27-28 y 102.

La estrategia de dominación más eficaz de Estados Unidos era la sujeción económica. La más sutil, la norteamericanización de la cultura de los pueblos. La primera operaba de varias formas, pero en su esencia suponía la concentración, en manos del capital norteamericano, de la gran propiedad agrícola (dedicadas al cultivo del azúcar y en menor grado, el café y el tabaco) en el caso portorriqueño, dominicano y cubano; el aseguramiento de la comercialización mediante tratados de reciprocidad comerciales y ventajosas tarifas aduaneras, en el caso cubano; o la sujeción a través de la banca nacional, en el caso haitiano. La segunda estrategia, por ejemplo, en el caso de Puerto Rico, operaba a través de la enseñanza en las escuelas, la propiedad sobre los medios de comunicación (agencias literarias y telegráficas) y la difusión de modelos higiénicos, religiosos (el protestantismo tenía una presencia destacada en la sociedad portorriqueña) y de justicia¹⁸.

En el recuento de Araquistain, cada uno de estos países vive su relación con Estados Unidos de formas diferenciadas: Puerto Rico, la única gran Antilla irredenta, “pueblo melancólico y sufrido”, lo hace en permanente drama, porque ninguno de los territorios que permanecían como colonias en el área comparte, como ella, esa “sentimentalidad nacionalista”, ese anhelo de independencia: “no hay, pues, en ellos [en los otros], drama histórico”. Ni siquiera Santo Domingo, “pueblo desgraciado”, el cual por la enorme inestabilidad de su sistema político se ha visto obligado a sacrificar la soberanía a la utilidad y la paz. “Entre la paz sin soberanía que se le asegura con el derecho de intervención norteamericana y la soberanía, ya amenazada constantemente por los vecinos de Haití, ya detentada por un caudillaje endémico, los dominicanos acaso prefieren en el fondo de sus conciencias, lo primero”¹⁹. Mucho menos Haití, que resulta el más “inferior” de los tres pueblos, “cuya prolongada anarquía interna” ha hecho inviable la defensa de una soberanía que se ha convertido en botín de “chusmas facciosas”, en medio de una “danza macabra de presidentes”²⁰.

El párrafo anterior permite introducir una idea aún más incómoda que acompaña a ésta del peligro yanqui, formulado en *La agonía antillana*. Aparece ya como duda, ya como insulto:

¹⁸ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 52-53, 82-87 y 98.

¹⁹ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 122-123.

²⁰ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 142-147.

El peligro yanqui —es forzoso decirlo— no siempre está en los Estados Unidos; a veces está también en la inconsciencia histórica o en el envilecimiento moral de gobiernos, partidos o individuos hispanoamericanos que, por sostenerse en el poder o por alcanzarlo, no tienen escrúpulos en solicitar la alianza y el concurso armado de los que luego han de ser los verdugos de su patria y sabiendo con experiencia ajena que han de serlo fatalmente²¹.

La cita anterior se relaciona con la idea, muy en boga por aquellos años, de la poca confianza en la capacidad de las masas de “saber lo que quieren”, lo cual resulta consistente con la necesidad de unas minorías intelectuales, reconocible en el pensamiento de Araquistain, tal vez siguiendo a Ortega²². Pero las elites que encuentra el autor, a su paso por las Antillas, dejan mucho que desear: como hombres privados han alcanzado la plenitud de su conciencia personal, pero, como ciudadanos, no sienten aún la conciencia de nación. “Dispuestos a matarse por una palabra o una mirada ofensivas, no tienen escrúpulos en pedir una intervención extranjera o tolerar la injerencia administrativa de un Estado extraño”²³.

Aunque Araquistain, refiriéndose a las muchedumbres hispanoamericanas, reconoce que “apenas se tiene noticia de lo que sienten, “¿o es que carecen en absoluto de conciencia histórica?”, se pregunta, por momentos, deja entrever su esperanza en el comportamiento de los pueblos, en contraposición al de sus clases políticas: “A veces, por fortuna, los pueblos piensan de otro modo que sus gobiernos y legisladores. El de Santo Domingo, cuya resistencia pasiva y, sin embargo, no desprovista de heroísmo, acabó venciendo a la ocupación militar de Estados Unidos, difícilmente hubiera refrendado, en un plebiscito libre, el gravísimo Pacto de 1907”. En cambio, las elites dominicanas son incapaces, a los ojos de Araquistain, de formular la verdadera y angustiosa pregunta, ¿es posible ser soberano dependiendo del dinero ajeno? En la imposibilidad de formulación ve Araquistain una respuesta de antemano²⁴.

²¹ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 234.

²² “El verdadero pueblo es aquella porción nacional que no sabe lo que quiere, porque si lo supiera holgaba la otra porción racional, cuya virtud es pura, sencilla y exclusivamente hacer que el pueblo quiera una cosa racional, provechosa y de fecundo porvenir”. José Ortega y Gasset, citado en Elorza, *La razón y la sombra*. p. 43.

²³ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 74, 109, 144.

²⁴ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 120-121.

Las observaciones del viajero español a su paso por Haití son más desoladoras aún. En este país, donde “la anarquía política no tiene un momento de respiro”, producto de la “cabalgata” de jefes políticos que han desfilado desde 1804 a la fecha en que escribe el autor, donde éstos no alcanzan a concluir su mandato porque resultan asesinados, o tienen que darse a la fuga para salvar la vida; la independencia no pasa de ser un “triste recuerdo histórico”. Los caudillos haitianos han “profesionalizado” el derrocamiento de cualquier tipo de gobierno y convertido el país “en una presa de los más audaces y los más incultos”. El pueblo no tiene rumbo y ha olvidado su proverbial furia contra el blanco invasor. Sólo baila y canta, lujuriosa y cotidianamente, primitivamente, como corresponde a las razas “menos desarrolladas”, al ritmo de la *banza* y el tambor, que “desde hace mucho dejó de ser revolucionario”²⁵.

En Puerto Rico, Araquistain constató estas diferencias entre pueblo y élite, a través del papel de los partidos políticos y el de la juventud estudiantil. El Partido Socialista portorriqueño, el más “populoso y mejor organizado”, necesitaba para funcionar —como cualquier otro partido— el reconocimiento legal de su organización. Pero, en el contexto de los años veinte, un programa verdaderamente nacionalista lo hubiera colocado de inmediato en la ilegalidad. Por eso es que su programa no podía recuperar ninguna declaración socialista. Antes bien, “representa[ba] una organización sindical poderosa”. En este sentido, sus líderes construyeron el problema de la soberanía como una cuestión secundaria, en donde la relación con Estados Unidos era vista como una influencia “civilizadora”. “Lo importante es ganar mejores jornales”. En contraste, la juventud estudiantil universitaria portorriqueña, separatista en masa, “no pierde coyuntura de hacer públicos sus sentimientos, ya de palabra, ya desplegando en cualquier circunstancia, incluso en las oficiales, la bandera rebelde de la estrella solitaria, ya entonando el himno nacional”²⁶.

La política de Estados Unidos en las Antillas y América es una cuestión de estrategia, apunta Araquistain. Ni el estado de anarquía imperante en estas naciones, ni la falta de rumbo de sus pueblos ante el vacío de una élite políticamente competente, justifica sus sistemáticas intervenciones en el área. La justificación reside en el hecho incontestable de que Norteamérica necesita de bases territoriales para proteger su ruta a Asia,

²⁵ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 142-167.

²⁶ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 62-63 y 68-69.

“que son el objetivo más codiciado de su economía”, así como necesitan de puertos para sus escuadras navales, desde donde “les fuera cómodo conservar su vía interoceánica”. Bajo la excusa aparente de proteger las vidas e intereses de sus ciudadanos, “el estado imperial disimula sus propios fines estratégicos”²⁷.

“El apotegma de Monroe,” justificación ideológica de una estrategia deliberadamente calculada, supone, por lo tanto, la expulsión de Europa de América, tanto de sus capitales financieros como de sus hombres. En este detalle se encierra el verdadero dramatismo de la cuestión migratoria y la política de los braceros, que se está llevando a cabo en los países de la región y que tanto le preocupa a Araquistain. No se trata de una mera cuestión racial, aunque a veces don Luis se antoje racista²⁸; se trata, en principio, de una cuestión de costes, los brazos más baratos desplazan a los más caros. A lo anterior se añade el hecho de que los brazos más baratos no tienen ningún conflicto con el status político de la tierra que les da trabajo. Así, por ejemplo, ocurre en Puerto Rico: “los negros simpatizan con los Estados Unidos, y en su mayoría no quieren la independencia”. Para Araquistain entonces, la visible y alarmante modificación en la composición racial de las sociedades latinoamericanas deviene un instrumento más a favor de la norteamericanización del área, por partida doble, económica y cultural. La inmigración no blanca se vuelve factor de disolución para las naciones que las reciben, por razones de diferencias de lengua y cultura, más que de raza.

CUBA Y SU AGONÍA

Cuando Araquistain desembarcó en la isla, dedicó varias páginas de su libro a describir la geografía, el clima, la arquitectura y la psicología de la gente que fue encontrando a su paso. Lo mismo había hecho para el resto de los países. Pero el ojo cubano de quien lee y glosa aquí al viajero español, acostumbrado a reconocer más que a ver, pasó por alto las bucólicas

²⁷ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 148-161.

²⁸ “... No sé si los negros escribirán un día algo semejante a los *Diálogos* platónicos y a la *Crítica de la razón pura*, pero no dudo de su capacidad para adiestrarse en el manejo de las grandes máquinas modernas, las que sirven a la vida como las que la destruyen, único título de superioridad de que hoy se puede envanecer la raza blanca sobre las de color”. Araquistain, *La agonía antillana*, p. 189.

descripciones del paisaje y la psicología, tratándose de Puerto Rico o de Haití. En cambio, el recuerdo físico del entrañable país de origen nubla la vista, y la añoranza sobre todo del mar se sublima desde la ausencia de este hondo valle.

Desde su llegada a Santiago, el viajero descubrirá lo que algunos historiadores cubanos han vaticinado (y estudiado): Cuba es una isla con dos historias, que pivotea entre su ciudad capital, moderna y cosmopolita y el resto del país. Así, por ejemplo, Santiago, en la provincia de Oriente, es una ciudad que ve delatada su miseria en el diseño de sus caminos y su pobre arquitectura. Le queda de consuelo ser el más puro e intransigente “baluarte de la libertad”, frente a la yancófila Habana²⁹.

Lo primero que sorprendió fue constatar la existencia de una separación entre cubanos y españoles. En general, los cubanos se le antojaban xenófobos, respecto de los españoles —que monopolizaban el pequeño comercio— y respecto de los gringos, que dominaban la gran industria. Lo que en Puerto Rico podía ser motivo de comunión cultural —una lengua y religión común— en Cuba constituía claro motivo de distinción, cuando no antagonismo: “el español menosprecia por su menor riqueza al cubano culto; el cubano menosprecia por su menor ilustración al español rico”³⁰.

Llamó también la atención del periodista extranjero el hecho de que la emigración europea, mayoritariamente española, estaba abandonando la isla producto de la transformación del régimen de propiedad agraria en latifundio, el cual hacía innecesaria la presencia del inmigrante blanco, en general, pequeño o mediano propietario. Por otra parte, se popularizó la importación de trabajadores jornaleros, especialmente haitianos y jamaíquinos, los únicos que podían aceptar trabajar por los misérrimos salarios que pagaba la industria vil. En consecuencia, la isla estaba inevitablemente africanizándose: “a este paso se llegará a la haitianización de Oriente”, dice Araquistain³¹.

No escapó tampoco a la mirada del viajero el progresivo proceso de concentración de la propiedad territorial cubana en manos de norteamericanos. En efecto, el *boom* de los precios en plena guerra mundial había puesto toda la producción de la isla en función de la enorme demanda del dulce. Pero la conclusión de la guerra representó el fin de las condiciones

²⁹ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 174.

³⁰ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 175.

³¹ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 182-201.

favorables para este crecimiento económico de forma continua, la tierra se depreció, sobrevino la quiebra y hubo que vender los ingenios. Entonces, los norteamericanos adquirieron “al precio que quisieron, la hacienda de aquél pueblo pródigo”³².

Este proceso de concentración territorial supuso otras consecuencias funestas para Cuba, de índole económica, hartamente conocidas³³. Pero, y siguiendo la lógica de Araquistain, su efecto más grave acaso fuese la pérdida de civismo y el parasitismo político de los ciudadanos: “el cubano, desposeído de su patria, de su tierra, busca la sombra del Estado, como en otro tiempo el proletariado ciudadano de Roma, rebajando la civilidad”. Sobresale en este punto la idea de patriotismo de Araquistain que aparece indisolublemente ligada a la idea de propiedad: “no hay patriotismo más fuerte como el que tiene sus raíces en la tierra. Un pueblo de siervos, es decir, de hombres sin propiedad, es decir, sin patria efectiva, está a merced de cualquier aventurero con fortuna...”³⁴.

Frente a este escenario, el autor recomienda volver los ojos al Estado, a la República cubana. De inmediato se pregunta: “¿es capaz el actual estado de Cuba de combatir eficazmente al todopoderoso latifundio azucarero?” Aquí Araquistain encuentra que sólo hay dos caminos posibles: o que el estado cubano compre los latifundios o que los expropie compulsivamente, “mediante un acto revolucionario del Estado o por un movimiento revolucionario del pueblo de Cuba”. Sin embargo, la disyuntiva anterior no ofrece muchas esperanzas a los ojos del periodista español: primero, porque el estado cubano adolece, en su opinión, de un grave defecto, su patrimonialismo; segundo, porque el pueblo cubano no parece estar en condiciones de poder superar su “idiosincrática puericia”.

Respecto del patrimonialismo estatal, éste forma parte, según Araquistain, del legado español en la isla. Tiene de singular el ingrediente generacional que le aportan los veteranos y patriotas de la última guerra de independencia cubana, quienes al entrar a la vida política republicana lo hacen “como en tierra conquistada” y se apoderan del Estado, “como

³² Araquistain, *La agonía antillana*, p. 185.

³³ Sobre las consecuencias de la extensión del latifundio norteamericano en Cuba, Araquistain citó profusamente las explicaciones dadas por Ramiro Guerra y Sánchez, de quien se nota leyó con cuidado *Azúcar y población en las Antillas*, todo un clásico en la historiografía cubana.

³⁴ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 203 y 216.

de un botín de guerra”. En consecuencia, abundan en Cuba todo tipo de “sinecuras”, entre las que sobresale, por ejemplo, el “intangible sistema de colecturías”.³⁵ Respecto de la puerilidad individual y colectiva del cubano, ese niño grande, “ese hombre que aún no ha crecido por dentro,” “ruidoso”, “excesivamente familiar” y “dado al choteo”, su espíritu de ligereza y despreocupación no podrá favorecer el desarrollo de los caracteres superiores que tanto necesita Cuba, “para defenderse del torbellino de fuerzas internacionales que amenazan su personalidad histórica”³⁶.

Siguiendo la pauta trazada hasta aquí, queda claro para Araquistain que, ni la generación de los veteranos de la Independencia, ni la de los hijos de éstos podrá participar en la extinción de los males que aquejan a la república cubana. Esta tarea corresponderá a los nietos de los primeros, una generación que ya era política y culturalmente visible, con cuyos más destacados representantes el sensible español tuvo, evidentemente, más de un encuentro personal. Así destacó como “el núcleo mejor definido” de estos jóvenes, en primer lugar, al Grupo Minorista y, dentro de éste, a Emilio Roig de Leuchsenring, “sin dudas, el temperamento más político del grupo”; en contraposición con el ensayista Jorge Mañach, “un poco más distante de la política consuetudinaria, no por no sentirla como por sentirla demasiado”.

Mención aparte mereció el subgrupo que animaba, dentro del propio Grupo Minorista, el joven ultraradical Rubén Martínez Villena, “demasiado político para enrolarse a bordo del airoso bergantín estético que preside Jorge Mañach o de las fastuosas fragatas político-mundanas que capitanea con hábil ponderación Roig de Leuchsenring”. Será la única vez que Araquistain emplee el término *antiimperialista* en todo el libro, para referirse a las efímeras publicaciones políticas de Villena, en donde confluyen las ideas del “comunismo ruso y la Revolución mejicana”, y que resultan “entre los exponentes más altos de la dignidad de América”.³⁷

³⁵ “...Se llaman colecturías a ciertas concesiones de la lotería, que en Cuba tiene — otra herencia española al fin — un culto sostenido y ferviente. De las colecturías dispone en persona el presidente de la República [...]. Pero no se crea que el presidente se las reserva todas. Tengo entendido que generosamente distribuye dos mil entre sus amigos políticos, militares, diputados y senadores y a veces, incluso, entre sus enemigos [...]. También sirven para ablandar plumas y periódicos independientes en demasía...”. Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 250-251.

³⁶ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 245.

³⁷ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 265 y 266.

Le siguen en importancia al Grupo Minorista, otros proyectos intelectuales “de porte apacible y matiz más equilibrado”, que se articulan en torno a publicaciones periódicas específicas en forma de revistas, y a instituciones culturales. Entre las primeras destaca *Cuba Contemporánea*, cuyos integrantes resultaban más maduros y menos entusiastas que los minoristas, aunque compartían el mismo interés por los problemas cubanos. Entre las segundas, “un buque escuela de bandera neutral”, capitaneado por Fernando Ortiz, la *Institución Hispanocubana de Cultura*. Por el especial interés en la reivindicación del papel de España en un proyecto de hispanoamericanismo liberal, Araquistain destacará la participación material e intelectual de los españoles en este proyecto de difusión del conocimiento general, y pondrá un énfasis singular en la formación de especialistas. “Sin técnicos propios de la industria y el comercio moderno, la economía de un país —es decir, la independencia— estará a merced de los más ricos, pero sobre todo más cultos”³⁸.

Todos estos proyectos culturales e intelectuales que Araquistain conoció durante su estancia en Cuba, estaban presididos por la figura digna y venerable del filósofo cubano Enrique José Varona, a quien Rodó consideró alguna vez un posible mentor³⁹. Cuando Araquistain lo visitó en su casa habanera del Vedado, recordó por su idéntica vocación magisterial a un “español grande”, Francisco Giner de los Ríos. Como Giner, Varona había dedicado una parte importante de su vida a la enseñanza. En Cuba, Varona propuso ambiciosos proyectos de modernización pedagógica, desde su cargo como secretario de Hacienda e Instrucción Pública y Bellas Artes. Asimismo, la universidad representaba para él la expresión más depurada y elevada de la conciencia nacional, de ahí el apoyo moral que siempre ofreció a los jóvenes que buscaron su reforma. Su enorme prestigio provenía de una abierta postura antiinjerencista, que había hecho explícita en discursos y conferencias. Varona cumple para Araquistain el papel de nuevo mentor y guía, de “estadista de genio sin espada”, llenando el lugar que José Martí representó para la generación independentista. Resulta innegable en la lógica de Araquistain la importancia de los grandes hom-

³⁸ Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 269.

³⁹ Cuando se publicó el *Ariel*, Rodó le hizo llegar a Varona una carta donde se decía: “Usted puede ser, en realidad, el Próspero de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de Próspero”. *Obras completas*, Madrid, Ediciones Aguilar, 1957, p. 1266. Citado en Ripoll, *La generación de 1923*, p. 58, nota 64.

bres, que ha ejemplificado muy de pasada en su libro en las alusiones a las figuras de Napoleón y Bolívar, como portadores de una visión de futuro⁴⁰.

En esta apretada síntesis de los proyectos culturales cubanos más destacados de los años veinte, en donde Araquistain encuentra una fértil minoría intelectual con claros ánimos regeneradores, el periodista español expresa su inquietud, cuando no escepticismo, ante la ausencia de una capa social que le sirva de soporte a estos esfuerzos de renovación. Lo que se observa, dice don Luis, “es la decadencia de la burguesía, y la decadencia del proletariado. Mejor dicho, estrangulación de los obreros”. Siendo testigo —todavía estaba de visita en Cuba— del encarcelamiento de un grupo de intelectuales en 1927, “por un supuesto complot comunista;” de la represión estudiantil que condujo a la clausura de la Universidad de La Habana en el propio año 27; de la expulsión en masa de todos los miembros del Directorio Estudiantil Universitario (el del 27, no el del 30); todo ello evidentes signos de la agudización de la represión del gobierno, y por tanto, síntomas de la exacerbación de la lucha política (al menos de algunos), no merecieron en la línea argumentativa del autor, un lugar en su libro. Llegando al final de sus casi trescientas páginas, Araquistain insiste en la pregunta: “¿Se resignará el cubano? ¿Se rebelará? ¿Emigrará?” y casi en tono de reproche, se atreve todavía a sermonear: “...nunca después de la amarga lección de las Antillas negras, podrá aducir ignorancia de su destino...”⁴¹.

Tratándose de Cuba, Araquistain definitivamente no se comportó a la altura del publicista comprometido que se esperaba, según su trayectoria política como socialista. Lo dejó entrever en varias circunstancias: la primera y más elocuente, su reticencia a tomar partido por una solución, violenta o pacífica para oponerse a los peligros de la expansión estadounidense en América, acaso confirmando la imposibilidad de alternativas prácticas reales. Lo mismo había hecho en el caso de Puerto Rico, cuando, refiriéndose a la cuestión de la soberanía y el nacionalismo, el periodista español sugirió:

“el nacionalismo portorriqueño necesita una política internacional, ya que *nacionalmente no puede resolver su problema, ni por la paz, ni por la guerra*; una guerra con los Estados Unidos sería punto menos que imposible; un

⁴⁰ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 43, 105 y 271-274.

⁴¹ Araquistain, *La agonía antillana*, p. 288.

bloqueo de una semana bastaría para matar de hambre a un país que solo produce azúcar, café y tabaco; *a menos que la guerra fuese, en vez de sangrienta, social; a menos que la sostuviese con sus armas específicas, sindicales, la clase obrera de Puerto Rico...*⁴².

En segundo lugar, cuando se niega a emitir juicio alguno sobre la presidencia del dictador Gerardo Machado y Morales. Y, finalmente, cuando no reconoce la agonía del proletariado cubano, sino que transmuta su esfuerzo viril en decadencia. En este sentido, Araquistain ignora, descalifica o minimiza las expresiones de radicalismo político de la sociedad cubana.

Tratando de explicar esta decadencia, que va mucho más allá de lo político, como se ha visto, quizá la razón última haya que buscarla en un rasgo que deslizó el periodista español, refiriéndose a la intelectualidad portorriqueña, pero aplicable al caso cubano en toda la extensión de la palabra: “Puede decirse que los mejores hombres de Puerto Rico, su intelectualidad, han quedado fuera de las organizaciones políticas”. De ser esto cierto, sería necesario entonces redefinir el papel que, como buen regeneracionista, adjudica a la minoría letrada de los países hispanoamericanos, en relación con el poder y la política. Baste analizar brevemente la trayectoria de las principales figuras historiográficas cubanas a las que Araquistain recurre como criterios de autoridad para validar su discurso, y a quienes reconoce como referentes intelectuales consagrados por la calidad de su obra, buscando cuánto hay de cierto en la afirmación anterior: Ramiro Guerra y Sánchez, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring.

Ramiro Guerra, por ejemplo, a quien tan extensamente Araquistain cita en su libro, devino vocero de aquella clase burguesa decimonónica criolla, por su temor a la superioridad numérica del negro y sus nocivas influencias culturales como componente de la nación. Es curioso comprobar, en una de las obras más importantes de Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos*, cómo el mismo intelectual era capaz de aquilatar, con rigor y seriedad, los peligros del expansionismo norteamericano, lo que lo condujo a ser un furibundo antilatifundista y, sin embargo, admire al país del norte en tanto paradigma democrático. Si las escrituras de la historia de Cuba, desde los comienzos del siglo xx, se

⁴² Araquistain, *La agonía antillana*, p. 66. Las negritas son mías.

debatían entre una corriente patriótico-nacionalista y una anexionista, la posición de Ramiro Guerra no podía ser más ambigua, sobre todo, en momentos en que la influencia norteamericana sobre la isla se volvió más evidente.

Por su parte, Fernando Ortiz, a quien Araquistain se refirió como el capitán de ese “buque escuela con bandera neutral que es la Institución Hispanocubana de Cultura”, constituyó, para el periodista español, un referente ideal para justificar sus prejuicios contra los negros y su cultura, ya reflejados en las obras más tempranas de Ortiz, de notable influencia lombrosiana y aliento criminalista. Justo hacia finales de la década del veinte, su obra dio un giro obedeciendo a circunstancias históricas específicas que llevaron a Ortiz, como a otros intelectuales cubanos, a extrañarse de alguna manera de la vida política. En efecto, entre los años 1917 y 1927, había sido miembro de la Cámara de Representantes, hasta que en el propio año 1927, a consecuencia de la prórroga de poderes que propuso el presidente Machado, se exilió hasta el fin de la dictadura. En el futuro, la obra de Ortiz se concentró en la comprensión “científica” de los elementos integradores de la nacionalidad cubana, combinando sociología e historia económica, para demostrar que los sistemas socioeconómicos desarrollados sobre la base del cultivo del azúcar y del tabaco influyeron en el proceso de transculturación y el desarrollo de una cultura llena de hábitos, creencias e imágenes. Esta fue la visión de la historia de Ortiz en su obra de investigación histórica más acabada, el célebre texto *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, que distaba mucho de su posición positivista y criminalista originaria, contemplando al negro, más allá de sus actitudes morales, como elemento de una heterogeneidad étnica imprescindible para comprender el “ajiaco” que representaba el pueblo cubano.

En relación con el poder y la política, Ramiro Guerra perteneció al grupo de intelectuales que confiaron en la actividad política del gobierno como medio para resolver los problemas sociales, como el propio Fernando Ortiz, en una primera etapa de su vida. Ambos coincidían en un punto crucial y veían muy claro el dilema para la nación cubana: nación culta y progresista o país de explotación y miseria, como bien refleja Araquistain en su obra. Pero la confianza en las posibilidades del gobierno y sus mecanismos todavía estarían presentes en Guerra a la altura del año 1944, cuando ya en Ortiz se ha producido un distanciamiento del activismo político en la vida pública. Decía Guerra, en el prólogo a la segunda edición de su texto *Azúcar y población*:

la forma pacífica en que se han efectuado las grandes transformaciones de la industria mediante la difusión de las ideas, la discusión hasta el fondo de los problemas por las partes interesadas, y la adopción final de una legislación adecuada encaminada a coordinar todos los intereses en beneficio de las partes y de la nación, ha sido un testimonio de los grandes progresos realizados en Cuba en el uso de los procedimientos democráticos. Fundadamente cabe esperar que la lección no será perdida y que continuará aprovechándose⁴³.

Ortiz, en cambio, cuando el fenómeno de la influencia norteamericana se hizo más evidente, dejó de interesarse por la política nacional. Su obra había tomado otros derroteros, con miras más culturales, pero también más rigurosas.

Finalmente, Emilio Roig de Leuchsenring que había sido el típico intelectual para quien la historia era, ante todo, formadora de la conciencia nacional, desarrolló una abierta oposición crítica a los gobiernos de turno, distinguiéndose por su historiografía explícitamente nacionalista y antiimperialista. En Roig se verificó un compromiso abierto en contra de toda hegemonía extranjera y supo rodearse de otros intelectuales consagrados a su propia causa y mantenerse fiel a su tradición. En el prólogo de un elogio escrito por él, había señalado la finalidad de la historia como un continuo esfuerzo de comprensión que nos permite recuperar el sentido, la estructura, la organización, el sistema de valores de nuestra sociedad como forma de remediar sus males:

la necesidad que sentía el cubano de conocer cabalmente la historia de su patria, como medida indispensable para descubrir las raíces y causas de los

⁴³ Ramiro Guerra había sido secretario de la Presidencia durante 1932-33, bajo el gobierno de Gerardo Machado, y director del Diario de la Marina entre 1943 y 1946. En 1933, tras la caída del régimen, se trasladó a Estados Unidos. En 1935, designado asesor de asuntos económicos y sociales de la Asociación Nacional de Hacendados de Cuba, se estableció en Washington, hechos “imperdonables” en su historia personal, que reflejaban una confianza del intelectual en la actividad de la política para resolver los problemas sociales y la ambigüedad política respecto de Estados Unidos, a la que habíamos hecho alusión *ut supra*. Sin embargo, cuando Julio Le Riverend escribió sobre Guerra, a la altura del año 1969, reconoció que, mientras muchos intelectuales habían abandonado el país, “Ramiro Guerra vive actualmente en la Habana, retirado de todas las actividades científicas. Su edad pasa de los 80 años [...] ha conservado, en su personal preferencia, un gran amor por la buena tierra cubana que tanto fruto ha dado y puede dar”. Le Riverend, “Sobre la ciencia histórica,” p. 204.

males, vicios, dificultades y tropiezos que padece la República, y así, mejor encontrar las soluciones y remedios apropiados para extirparlos⁴⁴.

La percepción de la actividad política en estos intelectuales como eficaz (Guerra), inútil (Ortiz) o censurable (Roig de Leuchsenring), los llevó a asumir actitudes de compromiso con el poder, extrañamiento y/o, oposición respectivamente, las cuales incidieron en su forma de escribir historia y sus resultados intelectuales concretos. Paradójicamente, lo que se puede observar es que las obras más serias y renovadoras, la de Guerra y sobre todo la de Ortiz, fueron consecuencia de una toma de partido menos comprometida desde un punto de vista político con el devenir nacional republicano.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

En 1961, el libro *La agonía antillana* volvió a ser noticia en Cuba. El gobierno revolucionario cubano lo había vuelto a editar. En su nuevo prólogo se destacaba:

Todo el libro es de un extraordinario valor histórico y aleccionador y cuanto se refiere a Cuba resulta además indispensable y útil para poder comprender exactamente y a conciencia el alcance efectivo de la Revolución triunfante en 1.º de enero de 1959, así como los impulsos morales y sociales que fueron sus causas determinantes⁴⁵.

Resulta curioso cómo las lecturas del mismo libro se modificaron treinta años después de su primera publicación. En los años veinte del pasado siglo, el augurio gris de que Occidente —o sea, Europa—, estaba destinado a la ruina, debió generar un profundo miedo a la trágica imagen de la decadencia. Los conceptos de «cultura» y «civilización» occidentales, que Luis Araquistain conociera por su lectura de Spengler, durante una de sus múltiples estancias en Alemania, tropezaron de improviso con una lógica imperial, proveniente del nuevo centro rector del mundo, Estados Unidos de Norteamérica. El coloso del norte se expandía hacia el

⁴⁴ Roig de Leuchsenring, *Joaquín Llaverías*, pp. 11-12.

⁴⁵ Citado en Ripoll, *La generación de 1923*, pp. 25-26, nota 27.

sur y el oeste, y desplazaba con su arrolladora presencia a España de los que habían sido sus territorios coloniales.

En consonancia con este espíritu, aún a contrapelo de su economía colonial, don Luis consideraba que España había preparado a sus colonias para la “nacionalidad”. En cambio, la nueva servidumbre de los territorios americanos frente a la “espuela de progreso” que representaba el capitalismo norteamericano, suponía una obra de decadencia política y social, producto de la africanización de sus territorios, la imposición de la cultura anglosajona y el resquebrajamiento de la moral y los valores cívicos ciudadanos (sobre todo en el caso cubano).

A partir del triunfo de la revolución, el discurso histórico-político cubano ha favorecido la construcción de una *identidad social*, la del cubano revolucionario, con la que se buscó, deliberadamente, diferenciarse de las identidades de épocas y sociedades anteriores. Por esta razón, y para entender quiénes eran los cubanos, de dónde venían y cuál era el futuro posible de la nación, la historia pensó, de manera nueva, en las raíces de la identidad nacional, sus mitos y principales héroes. En este contexto, la república neocolonial resultó el lugar por excelencia para la corrupción y el entreguismo político, una historia ciertamente simplificadora y homogeneizadora de la complejidad propia de una época sumamente contradictoria. La descripción de los mecanismos de dominación norteamericanos, por los cuales la soberanía de la isla quedaba en entredicho y la representación de una imagen de incultura y decadencia moral que el libro de Araquistain exhibía, convertían su libro en un espejo ideal de esa otra historia patria.

En mi opinión, el libro de Araquistain adolece de un grave defecto: no concede suficiente reconocimiento a las manifestaciones de protesta social y descontento, de lucha política contra la represión y la politiquería gobiernista que imperó en los años en que el autor visitó la isla. Los cubanos, acaso el verdadero protagonista de aquel gran ciclo de protestas, se le antojaban “alados y trascendentes”, “ultrarradicales”. Con todo, su escepticismo era total: “Pero todo esto ya no basta”, dice, refiriéndose a algunas de las primeras medidas de represión política que conoció durante su estancia. “No son aún sacrificios suficientes”. En menos de dos años, una hornada revolucionaria maravillosa que no triunfó vendría a demostrarle que estaba equivocado.

BIBLIOGRAFÍA

Alemaný, Carmen

(et al.), *José Martí, historia y literatura ante el fin del siglo XIX. Actas del Coloquio Internacional celebrado en Alicante en marzo de 1995*, Murcia, Casa de las Américas-Universidad de Alicante, 1997.

Araquistain, Luis

El peligro yanqui, Valencia, Editorial Sempere, 1924.

—, *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe. (Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1928.

Bizcarrondo, Marta

Leviatán y el socialismo de Luis Araquistain, estudio Preliminar para la reedición de *Leviatán Glashütten im Taunus*, Deutschland, D. Auvermann, 1974.

Bourdieu, Pierre

"The Biographical Illusion", en Parmentier y Urban, 1987.

Elorza, Antonio

La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset, Barcelona, Anagrama, 1984.

Fuentes, Juan Francisco

"La agonía antillana de Luis Araquistain (1928)," en Alemany, 1997.

—, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Le Riverend, Julio

"Sobre la ciencia histórica de Cuba", en *Revista Islas*, (Santa Clara), 11:32-33 (1969), pp. 181-220.

Marías Julián

El método histórico de las generaciones, Madrid, Revista de Occidente, 1949.

—, *Literatura y generaciones*, Madrid, Colección Austral, 1975.

Márquez Padorno, Margarita y Juan Francisco Fuentes

"Cartas inéditas de Araquistain a Ortega (1910-1932)," en *Revista de Occidente*, 156 (1994), pp. 155-180.

Naranjo Orovio, Consuelo

“Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo xx”, *Historia mexicana*, LIII:2 (2003), pp. 511-540.

Parmentier, Richard J. y Greg Urban

Working Papers and Proceedings of the Center for Psychological Studies, Chicago, The Center, 1987.

Ripoll, Carlos

La generación de 1923 en Cuba y otros apuntes sobre el vanguardismo, New York, Las Américas, 1968.

Roig de Leuchsenring, Emilio

Joaquín Llaverías, libertador, historiógrafo y taumaturgo del Archivo Nacional, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, Colección Histórica Cubano y Americana, no. 18, 1957.

—, “¿Se está Cuba africanizando?”, en *Carteles*, x: 48, pp. 18 y 27. Aparece citado por Naranjo Orovio, Consuelo, “Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo xx”, (2003). Disponible también en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/600/60053209.pdf>

Santervás, Rafael

“Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España,” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 133-154.

Vilar, Pierre

Historia de España, París, Librairie Espagnole, 1974.